

Revistas para un naufragio solitario

Joca Reiners Terron
Traducción de L. Fátima Andreu

¿Para qué sirven las revistas literarias? El autor de La tristeza extraordinaria del leopardo de las nieves, novela publicada en México en 2015, ofrece una respuesta en este detallado panorama de las revistas que han animado la cultura brasileña desde sus orígenes.

Es imposible explicar a los de la generación del milenio la importancia de las revistas cuando todavía no existía internet. Pues imaginemos a Robinson Crusoe aburrido en una isla (Viernes todavía no daba la cara) y sin nada que leer; pero he ahí que surge en la playa arrastrado por la marea un paquete perfectamente bien empacado: dentro de él había intacto un año de ediciones quincenales de la *London Review of Books*. Ésta es una posible explicación: un año entero de suscripción gratis de la mejor revista literaria para un náufrago solitario. Aun así, nadie que haya nacido en este siglo podría entender lo que significa estar sentado en la playa esperando lo que las olas pudieran traer de nuevo.

De hecho, el cartero era el mejor amigo de un joven lector que vivía abandonado en la lejanía del Centro-Oeste brasileño a principios de la década de los ochenta. Sólo a través de él nos llegaban las novedades largamente esperadas y que en la actualidad un joven consigue en un abrir y cerrar de ojos y con el click de un botón. La situación de espera, una escena totalmente sudamericana (algunas novelas ya fueron

escritas sobre este tema, como *Zama* (1956), de Antonio Di Benedetto, y *Catatau* (1975), de Paulo Leminski, donde se relata la espera de René Descartes —integrado a las huestes holandesas de Mauricio de Nassau en el delirante trópico pernambucano del siglo XVII— por el general polaco Articzewski, para que él le explique la naturaleza del Nuevo Mundo), era también la mía propia, aislado en las selvas de *Mato Grosso*.

Mis primeros poemas fueron escritos para ese sujeto tanto autónomo como sin rostro: “ve cartero, corre apresurado y lleva con todo esta cartita a tiempo / para que su contenido no duerma al aire libre / ni se moje”. Para aliviar esta doble espera (la de quien envía y después de quien espera una respuesta), yo escribía recados al cartero en los sobres de las cartas que enviaba. En aquel entonces, la vida epistolar era una aventura llena de peligros, el mayor de ellos era el ridículo.

La más grande aventura de todas, sin embargo, era la de las revistas literarias. Las primeras que recibí fueron despachadas por la fortuna. Sin saber, al entrar en una especie de lista de correo creado por algún

abnegado benefactor que había descubierto mi dirección postal en intercambios de fanzines de historias en dibujos animados por correo (en aquel entonces yo dibujaba HQS, literalmente “historias en cuadritos”, es decir historietas o cómics conocidos en Brasil como *gibis* o *revistinhas* que publicaba en fanzines fotocopiados). Creo que eso es lo más cercano al internet que podía haber para un niño brasileño en la década de los años ochenta. Cierta día recibí una revista que yo no había solicitado: esto es lo más parecido a un milagro que le hubiera podido ocurrir a un chico en aquella época, y el nombre del santo era *Zé Blue*, publicada en Curitiba por integrantes de la banda de hard rock *A chave* (La llave). No era exactamente una revista literaria, pues traía textos sobre la banda y poemas del cantante y compositor Carlos Gaertner. Yo no conocía la banda, un tanto oscura, pero descubrí en la revista a dos autores de quienes mucho iba a oír hablar. En realidad yo los *escucharía* mucho hablar, ya que se volvieron mis amigos y dos de los primeros autores que publicarían en la editorial que yo tendría. Pero eso sería en el futuro, y por ahora todavía estamos en el pasado.

Aquella edición de *Zé Blue* traía el único cómic escrito por Valêncio Xavier (1933-2008), el más iconoclasta y original prosista brasileño de la década de los años ochenta para acá, autor de *nouvelles-rèbus* como *O Mez da Grippe*, *Maciste no Inferno* y otros, donde se podían encontrar narrativas mezcladas con anuncios publicitarios rescatados de la basura de la memoria pública y novelas collage compuestas a partir de noticias de periódicos de principios del siglo XX. El cómic o caricatura en cuestión, *Josnath*, era dibujado por Ronés Dumke, y dialogaba con películas expresionistas alemanas del cine mudo. En sus páginas finales la revista publicaba viñetas narrativas de Manoel Carlos Karam (1947-2007) que muchos años después, en el futuro (pero todavía se supone que no sabemos de eso), yo reuniría en un libro por primera vez en mi diminuta editorial llamada *Ciência do Acidente* (Ciencia del Accidente, 1998-2004), una más bien desventura editorial que me llevó a la quiebra tanto moral como psicológica y financiera.

Y fue así como descubrí, todavía siendo un niño, para qué servían las revistas: para revelarnos cosas nunca antes leídas en un mundo donde la información nos llegaba dentro de botellas lanzadas al mar, cuando llegaban.

UN POCO DE HISTORIA

La relación con Robinson Crusoe no es del todo desmedida; al fin y al cabo, Daniel Defoe acuñó el tér-

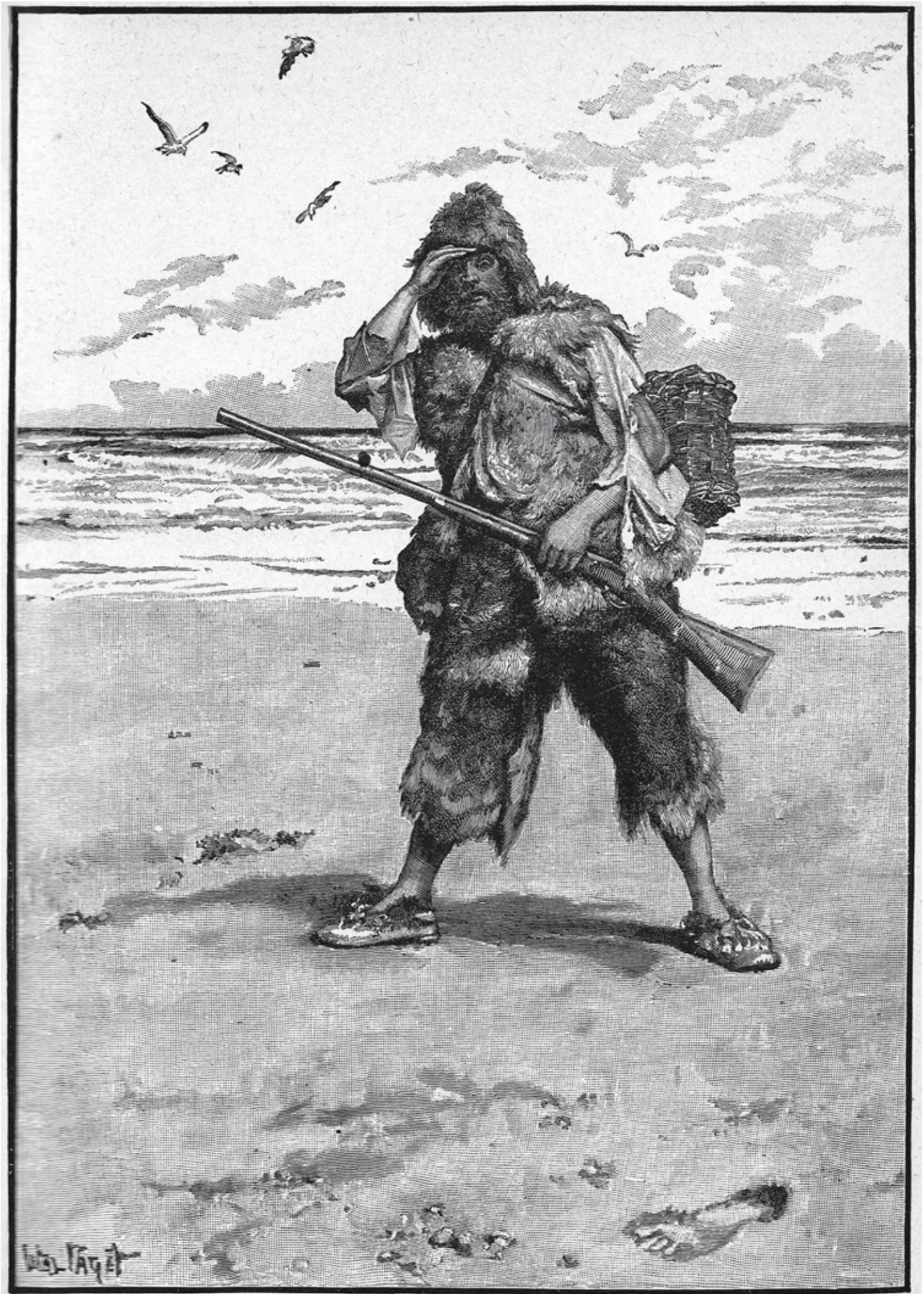
mino “revista” en 1704, con la publicación de *A Weekly Review of the Affairs of France*. En Brasil, la primera revista —*As Variedades ou Ensaios de Literatura*, publicada por el tipógrafo y librero portugués Manoel Antônio da Silva Serva en 1812— fue, desde entonces, una revista literaria. No pasó del número 2, víctima de lo efímero, característica de publicaciones de ese tipo, y esto me recuerda un poema del argentino Fabián Casas que dice: “Las parejas y las revistas literarias / duran casi siempre dos números”.

Machado de Assis publicó novelas y crónicas en *la Revista Brasiliense*, en *Arquivo Contemporâneo* y en *la Marmota Fluminense*. Poetas románticos como Gonçalves de Magalhães publicaban en *Nitheroi*, pero no mucho, pues la revista solamente duró dos números. Lima Barreto dirigió la revista *Floreal*. Los modernistas Mário de Andrade, Oswald de Andrade y Carlos Drummond de Andrade publicaron en *Klaxon* (¿cómo había “De Andrades” en el modernismo brasileño!), y Drummond fue uno de los creadores de la revista *Verde*. Oswald creó la sabrosa *Revista de Antropofagia*. João Guimarães Rosa publicó su primer cuento, “O mistério de Highmore Hall”, en *O Cruzeiro*, y su carrera despegó en la lindísima revista *Senhor*, que también publicaba a Jorge Amado y a Clarice Lispector. La literatura incomodaba a los militares, y la dictadura brasileña sofocó hasta la muerte la *Revista Brasiliense*, de Caio Prado Jr. (que cerró en 1964, año del golpe de estado), a la *Revista Civilização Brasileira* (que cerraron en 1968) y la revista *Argumento*.

Las vanguardias aplicaron sus marejadas estéticas en la cultura brasileña a través de revistas como *Invenção* (de los poetas concretistas Augusto y Haroldo de Campos y Décio Pignatari). El Tropicalismo o *Tropicália* de Caetano Veloso, Gilberto Gil y Os Mutantes tuvo en *Navilouca* (editada por los poetas Torquato Neto y Waly Salomão) su puerto de partida y llegada: rechazaron la fatalidad de los dos números de las revistas literarias y estamparon en la portada la leyenda “Primera edición única” y acabó al mismo tiempo que comenzaba.

BOTELLAS LANZADAS AL MAR

Curitiba, capital del estado de Paraná, fue una verdadera fábrica de botellas lanzadas al mar desde *Joaquim*, revista dirigida por Dalton Trevisan, en la década de los años cuarenta, hasta Nicolau, editada por Wilson Bueno entre 1987 y 1994. Es curiosa la tradición paranaense de tabloides literarios con nombres de personas. En la actualidad circula el suplemento *Cândido*, publicado por la Biblioteca Estatal. Pero en esta historia todavía faltan revistas con nombre de mujer.



Walter Paget, *Robinson Crusoe*, 1896

Nicolau exige una mención especial, pues fue el suplemento literario que encabezó mi generación. Wilson Bueno (1949-2010), el padre del portuñol literario con su libro *Mar Paraguayo* (1992), puso a circular la prosa y la poesía que anduvieron encarceladas durante el régimen militar, haciendo que *Nicolau* fuera un importante vehículo cultural de la apertura política brasileña. Yo lo descubrí a causa de una triste coincidencia (las botellas también podían traer noticias trágicas de más allá del mar), gracias a la edición especial dedicada al poeta Leminski después de su muerte en junio de 1989. En aquel entonces yo vivía en Río de Janeiro, donde practicaba equilibrio entre las clases de geometría descriptiva en la FAU-UFRJ, en las que no entendía nada, y el descubrimiento de la poesía en las aulas a las que asistía de manera furtiva en la Facultad de Letras.

La revista *Nicolau*, además de publicar a Xavier, a Leminski, a Alice Ruiz y a Karam, publicó a escritores de todo el país, como Caio Fernando Abreu, Hilda Hilst y a João Gilberto Noll; promovió movimientos poéticos de principios de la década de los años noventa, como el neobarroco del poeta argentino Néstor Perlongher (que vivió décadas en São Paulo) y Josely Vianna Baptista, entre otros. Los puentes tendidos por la presencia de Perlongher en Brasil en la década de los ochenta y noventa fueron importantes para la divulgación de esta misma vertiente de la literatura argentina entre los poetas brasileños.

A principios de la década de los noventa, tal vez en una refiguración de la casi extinción de las publi-

caciones como soporte de difusión literaria, a causa del internet y del papel sustitutivo que los blogs vendrían a cumplir a partir de fines de la década, se promovió una caudalosa ola de revistas literarias. La generación a la cual pertenezco se estableció a través de ellas, al abandonar la condición de lectores y pasando a ocupar sus páginas. Mis primeros poemas reunidos se publicaron, por ejemplo, en el número inaugural de la revista *Medusa*, editada en Curitiba por Ricardo Corona y Eliana Borges, en 1998. Y mi primer cuento salió en la revista *Ficciones* núm. 4, editada por Carlito Azevedo y Jorge Viveiros de Castro en Río de Janeiro en 1999. Acompañándome estaban Bernardo Carvalho, Sonia Coutinho, André Sant'Anna y Milton Hatoum, además de Franz Kafka y Chinua Achebe.

Sin embargo, el papel consolidador más determinante lo cumplió una revista comercial llamada *Cult:* dirigida por el periodista y crítico literario Manuel da Costa Pinto y distribuida mensualmente en puestos de periódicos con un tiraje de 30 mil ejemplares, la revista reveló a autores jóvenes y consagró a veteranos de todas las corrientes literarias del país por medio de su visión editorial democrática e incluyente, con amplio espacio para la evaluación crítica y la creación literaria. A través de sus páginas, los autores recibían el aval para existir y después lanzar sus libros. Hasta hoy, a menudo conozco lectores que se acuerdan de cuando eran naufragos en una isla perdida y recibieron noticias del mundo de la imaginación a través de una revista que les llegó enrollada en el interior de una botella lanzada al mar. Antes del fin todo era así. **u**



Número 13 de la revista literaria *Joaquim*, septiembre de 1947



Número 3 de la revista de arte y vanguardia *Invenção*, junio de 1963